

en la cruz, esta obra maestra de amor, parecia un insulto mas bien que un sacrificio de adhesion. Todo era contradiccion, porque todo era Dios; y para que constase que en efecto nada era del hombre, se debia por siempre reconocer á Jesucristo por esta señal, segun la expresion que se habia dicho de él cuando su primera aparicion entre los hombres: *este es puesto para señal, á la que se hará contradiccion* (1). Y el mismo, recordando á los profetas, habia dicho á sus enemigos: *La piedra que desecharon los que edificaban, esta fué puesta por cabeza de esquina. Por el Señor fué hecho esto, y es cosa maravillosa á nuestros ojos* (2). La profecia se cumple aun todos los dias: los príncipes, las naciones, los eruditos, los sabios, los hábiles, los arquitectos, en fin, desechan la piedra, la declaran incómoda ó gastada por el tiempo; no la quieren ya, y sin embargo es aún la *piedra angular, y la maravilla está á nuestra vista*. Ella lo sustenta todo, aunque todo la rechace; tiene el doble carácter de la necesidad y de la imposibilidad. Reconoced, señores, una lucha entre dos voluntades que no son iguales: la voluntad del hombre que se rebela, y la voluntad de Dios que se hace obedecer del hombre, en el hombre y á pesar del hombre. Y vosotros, cristianos, hijos de esa obra en que Dios os ha dado tan feliz lugar, comprended la necesidad en que estáis de sufrir siempre, de no triunfar por el triunfo; no sea que se acuse á Jesucristo de deber algo al hombre, sino de triunfar en la cruz, para que vuestra victoria sea la de Dios, y podais repetir hoy, mañana y siempre la expresion que es la señal mayor de la divinidad de Jesucristo, despues de tantas otras que habeis visto: *La piedra que desecharon los que edificaban, ha sido puesta por cabeza de esquina; el Señor ha hecho esto, y es cosa maravillosa á nuestros ojos*.

(1) San Lucas, cap. 2, vers. 34. — (2) San Mateo, cap. 21, vers. 42.

SERMON CUADRAGÉSIMO QUINTO.

De la existencia de Dios.

Hemos probado la divinidad de la doctrina católica de dos maneras: la hemos probado por sus resultados mostrando que la doctrina católica produce esa maravilla de la Iglesia, á que nada es comparable y que excede evidentemente todas las fuerzas humanas; la hemos probado estableciendo que ha tenido por fundador á Jesucristo, enviado de Dios é hijo de Dios. Siendo, pues, divino el efecto de la doctrina y asimismo su origen, es manifiesto que lleva ella misma el carácter de la divinidad, ó en otros términos, que es divina. Parece pues, señores, que nuestra tarea está cumplida; y que habiendo puesto en la frente de la doctrina cuyo ministro somos, el caracter mas seguro y mas sagrado, solo tenemos dos cosas que decir, ó mas bien que recomendaros: el silencio y la adoracion.

Pero está formada de tal suerte la inteligencia humana, y ha recibido tal temple de luz, que aunque viese por sí misma la mano de Dios llevándole la doctrina, no estaria contenta en recibirla, si no recibia con ella el derecho y la potestad de sondear sus profundidades. No hay duda que la via de autoridad es una via justa, natural, necesaria á nuestro estado actual; pero esto no basta. Porque nuestro estado presente encierra las premisas del porvenir que se nos ha prometido, y en el que nada nos saciará sino la luz vista de frente en la esencia del mismo Dios. No es que deseemos, señores, ver desde hoy esta luz en su plenitud infinita, concebimos que se han puesto limites á nuestra vista y á nuestro horizonte; pero por débil que sea nuestra vista, es la vista de una inteligencia; por estrecho que sea nuestro horizonte, es un horizonte trazado por la mano de Dios. Nuestros ojos buscan la luz, y nuestro horizonte contiene algunos destellos de ella. En cuanto se nos presenta pues una doctrina, cualquiera que sea la mano de que venga, queremos descender á ella, interrogarla interiormente, asegurarnos en fin de que tiene otros signos de la verdad que los signos exteriores por grandes que sean. Yo no puedo, señores, sustraerme de esta ley de vuestra naturaleza, y no lo quiero tampoco: la respeto en vosotros

como en mí mismo, y reconozco en ella vuestro origen y vuestra predestinacion. Es, pues, necesario, despues de tantos años como os he conducido por las exterioridades del cristianismo, salvar las puertas del templo, con la ayuda de Dios, y mirar sin temor ni presuncion la misma doctrina hija de Dios y madre de vuestra alma.

No os prometo demostraros su superioridad absoluta; no podriamos hacer esto sino abandonando este mundo para abordar á las luminosas riberas del infinito. Pero os prometo, que comparándola con todas las doctrinas que han ensayado explicar los misterios del mundo, distinguiréis en ella fácilmente una incontestable y divina superioridad. Os prometo que brotará de ella una luz que sin llegar siempre hasta la evidencia, será al menos un glorioso crepúsculo de ella, y aun tal vez algunas veces, una especie de matiz ó de gradacion entre la razon del hombre y la razon de Dios. Vuestra alma, elevándose con verdades oscuras, las verá alborear poco á poco en la aurora de la contemplacion; ella se habituará en este santo ejercicio á vuelos que le eran desconocidos, y se admirará un día de la sublime ligereza de los misterios mas grandes.

¿Pero dónde tomaremos nuestro punto de apoyo para fundar la doctrina y apropiárnosla? ¿De dónde tomaremos términos de comparacion y medios de comprobarla? Señores, no necesitaremos buscarlos lejos. Dios ha puesto cerca de nosotros los instrumentos destinados por su providencia para conducirnos hácia él, y él nos los ha dado en la naturaleza y en la inteligencia, en la conciencia y en la sociedad. Este es el cuádruplo y único palacio que nos ha fundado, cuádruplo por la diversidad de sus construcciones, único por la relacion que tienen unas con otras, y por la morada indivisible que en él hacemos. Así como Dios se halla siempre y todo entero presente en todas las partes del universo, así se halla el hombre todo entero y siempre presente á la naturaleza, á su inteligencia, á su conciencia, á la sociedad; y toma en ellas una vida que se ilumina constantemente por la reverberacion de todas sus fases, y que jamás le deja en la sombra solitaria de sí mismo. La naturaleza habla á la inteligencia, la inteligencia responde á la naturaleza; ambas se encuentran en la conciencia, y la sociedad pone el sello de sus experiencias á las revelaciones de las tres. Esa es nuestra vida, y aquí es donde encuentra toda doctrina su comprobacion. Una doctrina que sea contraria á la naturaleza, ó á la inteligencia, ó á la conciencia, ó á la sociedad, es una doctrina falsa, porque destruye nuestra

vida; una doctrina que les es conforme es una doctrina verdadera, porque fortalece y extiende nuestra vida; y nuestra vida, tomada en su totalidad, es el cielo y la tierra, la materia y el espíritu, el tiempo y el espacio, el hombre y la humanidad, todo lo que viene de Dios y lleva con su huella una demostracion de él y de nosotros.

Debo pues, señores, haceros ver la conformidad de la doctrina católica con la naturaleza, la inteligencia, la conciencia y la sociedad, y sacar de esta comparacion sin cesar renaciente ante vosotros, luces que nos lleven á las profundidades de lo invisible y á la inmensidad de lo sobrenatural. Esta será la última parte de nuestras conferencias; y aunque debe durar muchos años, no puedo librarme de un sentimiento de melancolía al pensar que se halla próximo el día en que tendré que separarme de vosotros, y en que no veré ya sino de lejos, con la debilidad de los recuerdos, esas bellas reuniones en que estaba Dios con nosotros. Mézclase, no obstante, cierto consuelo á la prevision de nuestra despedida, el consuelo del hombre que toca á su término, que ha concluido una carrera y que entrevé la hora en que podrá decir con San Pablo: *He peleado un buen combate y he consumado mi carrera* (1). Sentid conmigo, señores, esta tristeza y esta alegría, porque nuestras conferencias os pertenecen tanto como á mí; son un monumento que sale de vuestro corazon y del mio como de un solo principio; y si place á Dios concedernos un día el reposo de la ancianidad, podremos decirnos unos y otros repasando en nuestra mente los tiempos que hemos amado: Yo era de esas conferencias de nuestra Señora, que cautivaron nuestra juventud bajo la palabra de Dios.

Monseñor, la Iglesia y la patria os dan juntamente gracias del ejemplo que á todos nos habeis dado en estos días de grande y memorable conmocion. Vos nos habeis llamado á esta metrópoli al día siguiente de una revolucion donde todo parecia haber perecido; nosotros hemos venido, y aquí nos veis tranquilos bajo esas bóvedas seculares; de ellas aprendemos á no temer nada por la religion y la Francia: ambas proseguirán su carrera bajo la mano de Dios que las protege: ambas os dan gracias por haber creído en su indisoluble alianza, y por haber discernido de las cosas que van de paso las que permanecen y se afirman por la movilidad misma de los acontecimientos.

La doctrina es la ciencia de los destinos. Vivimos, ¿mas para

(1) Epistola 2ª. á Timoteo, cap. 4, vers. 7.

qué? Vivimos, !pero cómo! Nosotros y todo lo que está fuera de nosotros se mueve con un movimiento que no se detiene jamás. El cielo marcha, la tierra es arrebatada, las olas se suceden en las viejas riberas de los mares; la planta brota, el árbol crece, el polvo se agita, y el espíritu del hombre mas inquieto aun que toda la naturaleza no se concede á sí mismo reposo alguno. ¿De dónde viene? ¿Qué tiene? Todo movimiento supone un punto de partida, un término adonde se dirige, un camino por donde pasa. ¿Cuál es, pues, nuestro punto de partida, cuál es nuestro término, cuál nuestro camino? La doctrina es quien debe responder; ella es quien debe decirnos nuestro principio y nuestro medio, y revelarnos con ellos el secreto de nuestros destinos. Porque no toda ciencia llega á este punto. Las ciencias inferiores nos enseñan la ley de los movimientos particulares; nos dicen cómo se atraen y se repelen los cuerpos; qué órbita siguen en los espacios indefinidos del universo; cómo se descomponen y se reconstruyen, y mil secretos de esta vida agitada y constante que llevan en el seno fecundo de la naturaleza; pero no nos dicen la ley general del movimiento, el principio primero de todo, el fin último de todo, el medio comun de todo. Este es el privilegio de la doctrina tan superior á todas las ciencias, como lo es lo universal á lo particular.

Ahora bien, señores: de estos tres términos que comprenden el sistema de los destinos, el que debe revelarnos primeramente la doctrina es sin contradicción el principio de las cosas; porque concebimos sin dificultad que del principio depende el fin, y que del fin y del principio se deduce el medio. El principio de los seres encierra evidentemente la razón del fin que les está asignado, como su principio y su fin determinan el medio que se les dará para alcanzar y llenar su vocación.

Así pues, propongo esta cuestión suprema; y lo hago con vosotros y con todos los siglos. ¿Cuál es el principio de las cosas? La doctrina católica nos responde con estas primeras palabras de su símbolo: *Credo in Deum Patrem omnipotentem: Creo en Dios Padre todopoderoso.*

Oid cómo nos explica su respuesta.

Hay un ser principio: por el hecho de ser principio no tiene origen, es eterno, es decir, infinito por la duración; siendo infinito por la duración, lo es también por la perfección, porque si le faltase algo en perfección, no sería el ser total, sería limitado en su existencia; no existiría por sí mismo, no sería principio. Hay, pues, un ser

infinito en duración y en perfección. Pero el estado de perfección implica el estado personal, es decir, el estado de un ser que tiene conciencia é inteligencia de sí mismo, que se da razón de lo que es, que distingue de sí á lo que no es él mismo, que aparta de sí lo que le es contrario; en una palabra, que piensa, que quiere, que obra, que es libre, que es soberano. El ser principio es, pues, un *espíritu infinito en el estado personal*. Tal es la doctrina católica sobre el principio de las cosas, doctrina contenida en esta corta frase: *Credo in Deum: Creo en Dios.*

Oigamos ahora á la doctrina contraria; porque existe una doctrina contraria, y jamás veréis, señores, anunciar el cristianismo su dogma sin encontrar inmediatamente una negación, negación destinada á combatirlo, pero que debe servir para probarlo. Porque el error es la contraprueba de la verdad, como son las sombras el contraapoyo de la luz. No os espante, pues, una oposición tan pronta respecto de un dogma tan manifiesto: deseada mas bien, y escuchad la primer palabra del racionalismo contra la primer palabra del cristianismo: *Credo in naturam, matrem omnipotentem: Creo en la naturaleza, madre omnipotente.*

Ya lo oís, el racionalismo admite como el cristianismo la existencia de un principio de las cosas; mas para él la misma naturaleza es el ser principio, el ser necesario, el ser eterno, el ser soberano. Todos conocemos la naturaleza, y todos sabemos que se halla en el estado impersonal, es decir, que no tiene conciencia de lo que es; que carece de la unidad intelectual, merced á la cual cada uno de sus miembros viviría de la vida universal, y el universo de la vida del menor tallo de yerba comprendido en su inmensidad. Nosotros nos hallamos sumergidos en la naturaleza, y tomamos en ella el alimento de nuestra existencia; pero lejos de formarnos allí una sola vida por una inteligencia comun á todos, no conocemos ni aun los seres que nos tocan mas de cerca. Pasamos unos al lado de otros como extranjeros; y el universo solo responde á nuestras investigaciones dolorosas por el espectáculo mudo de su inanimado esplendor. La naturaleza se halla privada de personalidad, y por esto el racionalismo, que quiere que exista por sí misma, define el principio de las cosas *una fuerza infinita en estado impersonal.*

Hé ahí las dos doctrinas.

Y notad, señores, que el entendimiento humano no puede concebir una tercera sobre el principio de las cosas. Porque ó bien existe

la naturaleza por sí misma y se basta á sí misma, ó bien es necesario buscar su causa y sustentáculo mas arriba de ella, no en una naturaleza análoga tan flaca como ella, sino en un ser superior cuya esencia sea proporcionada á la idea y á la función de principio. Ha de ser, pues, uno ú otro. Si se elige la naturaleza, como carece de personalidad, es necesario decir, que el principio de las cosas es una fuerza infinita *en estado impersonal*. Si se desecha la naturaleza, es necesario decir, que el principio de las cosas es un ser sobrenatural, un ser cuya idea legítima lleva necesariamente á esta conclusión, que el principio de las cosas es un *espíritu infinito en el estado personal*. Así, la razón humana en cuanto á la primera cuestión del principio, se halla condenada fatalmente á una ó á otra de estas profesiones de fe. *Creo en Dios. Creo en la naturaleza.*

Por esto no hay en el mundo mas que dos doctrinas fundamentales, el theismo y el panteísmo: la primera que edifica sobre la idea de Dios, la segunda sobre el hecho de la naturaleza; la una que parte de lo invisible y de lo infinito, la otra de lo visible y de lo indefinido. El que no es theista, es lógicamente panteísta; y el que no es panteísta, es necesariamente theista. Todo hombre elige entre estas dos doctrinas, y la vida humana se enlaza á una ó á otra como al árbol de vida y al árbol de muerte. Acaso se os haya presentado el panteísmo como un raro descubrimiento de los siglos nuevos, como un tesoro extraído lentamente de los campos de la contemplación por el trabajo de los sabios; pero la verdad es, que es tan antiguo como la humanidad corrompida, y que basta el entendimiento de un niño para concebir que hay un Dios, ó que si no lo hay, la naturaleza es su mismo principio y su Dios.

Es, pues, un don de la verdad, señores, que en una cuestión tan capital como la del principio de las cosas, no tengáis que elegir mas que entre dos doctrinas, y que desechada la una, se muestre la otra con el carácter infalible de la necesidad lógica.

¿Qué es, pues, lo que esperais, señores? ¿Pensais tal vez que voy á demostraros la existencia de Dios? Yo os declaro, pues, que por nada de este mundo quiero demostrarosla, no porque sea cosa imposible, sino porque no es esta la cuestión. La existencia de Dios no es un dogma que esté por tierra y que sea necesario sacarle del polvo; es un dogma que se halla en pie, que se sostiene entre la Iglesia, cuya autoridad divina os he mostrado, y Jesucristo, cuya

divinidad personal os he hecho ver. Dios ha sido el fondo de cuanto hemos visto hasta ahora. Háenos revelado, como se revelan todos los seres, por su acción. Si Dios no hubiese obrado en la tierra y si no obrase aún diariamente, nadie creería en él, cualquiera que fuese la demostración que de él hiciera la metafísica y la elocuencia. La humanidad cree en Dios, porque le vé operar. No consiste, pues, la cuestión en demostrarle, sino en profundizar su idea y en presentarla al entendimiento con toda la claridad que puede alcanzar en él.

Separemos, pues, estas pruebas positivas de Dios: olvidemos sus trabajos en el mundo, y supongamos que tenemos ante nosotros desnuda enteramente la cuestión de su existencia. Aún no se deducirá de esto que sea necesario demostrarla directamente; porque nuestra mente lleva en sí misma la certidumbre de que hay un principio de las cosas, y además, que este principio es necesariamente ó Dios ó la naturaleza. Solo se trata, pues, de elegir, y una cuestión de elección es distinta cosa que una situación en que debe crearlo todo el raciocinio. Mi tarea consiste, pues, en confrontar el theismo con el panteísmo; mi fuerza consiste en investigar cuál de los dos se halla en armonía con la naturaleza, la inteligencia, la conciencia y la sociedad.

Antes de comenzar esta comparación, ó mas bien al comenzarla, haré una advertencia, y es que Dios es en el mundo el mas popular de los seres, mientras que el panteísmo es un sistema puramente científico. El labrador en medio de los campos, apoyado en un instrumento de labranza, levanta sus ojos al cielo y dice el nombre de Dios á sus hijos por un movimiento tan sencillo como su alma. Llámale el pobre, invócale el moribundo, el perverso le teme, el hombre de bien le bendice; los reyes le dan sus coronas; los ejércitos le colocan á la cabeza de sus batallones; la victoria le da gracias; la derrota busca en él auxilios; los pueblos se arman con él contra sus tiranos; no hay un lugar, un tiempo, una ocasión, un sentimiento en que no aparezca y no sea nombrado Dios. El amor mismo tan seguro de su encanto, tan confiado en su propia inmortalidad, no se atreve á pasarse sin él, y viene á los pies de sus altares á pedirle la confirmación de las promesas que ha jurado tantas veces. La cólera cree no haber llegado á su expresión suprema sino hasta que ha maldecido este nombre adorable, y la blasfemia es aún un homenaje de una fe que se revela olvidándose. ¿Qué diré del perjurio? Ved á ese hombre que se halla en posesión de

un secreto de que depende su fortuna, su dicha; él solo lo conoce en la tierra; él solo es su juez. Pero la verdad tiene un cómplice eterno en Dios; llama á Dios en su auxilio, pone el corazón del hombre en lucha con el juramento, y el mismo que sería capaz de violar su magestad, no lo hará sin un temblor interno, como ante la acción mas vil y mas violenta. Y no obstante ¿qué hay en esta palabra, juro? Nada mas que un nombre, es cierto, pero es el nombre de Dios. Es el nombre que han adorado todos los pueblos, á quien han alzado templos, consagrado sacerdocios, dirigido plegarias; es el nombre mas grande, mas santo, mas eficaz, mas popular que haya recibido la gracia de pronunciar el labio del hombre.

¿Sucede lo mismo con el panteísmo? ¿Dónde le buscaremos? Venid conmigo, señores, llamemos á esa puerta; es ilustre, y mas de una mano célebre ha llamado á ella. Hémos aquí ante un sabio. Roguémosle que nos explique el misterio de nuestros destinos, porque él lo ha penetrado. ¿Pero qué es lo que nos dice? Que no hay en el mundo mas que una sola sustancia. ¿Por qué? Porque la sustancia es lo que subsiste por sí, y lo que subsiste por sí es necesariamente único, infinito, eterno, Dios. Hé aquí, pues, todo el esclarecimiento de nuestra vida puesto en una definición metafísica. No trato de examinar si es verdadera ó falsa; si las conclusiones que se sacan de ella son legítimas; si es ó no fácil definir de otro modo la sustancia, y derrocar por tierra con esto solo todo el tablado de esta doctrina. No hago mas que retar á la humanidad á que la comprenda; porque vosotros mismos, señores, que os hallais iniciados desde vuestra infancia en las especulaciones de las palabras y de las ideas, no podríais comprender su tejido sino á duras penas si os lo expusiese. Y aun tal vez no llegaríais á comprenderlo muchos de vosotros, porque nada hay tan extraño como la sagacidad metafísica, esa vista que apartando de su presencia todas las realidades, penetra con una mirada fija el mundo de las abstracciones. Pronto sentiríais hincharse las venas de vuestra frente, apoderarse de vuestro pensamiento en el fondo de sus repliegues mas íntimos una especie de deslumbramiento, y desaparecer todo ante vuestros ojos, lo real y lo ideal, en una postración dolorosa. ¿Y habia de haber ocultado su faz la verdad primera en estas sutiles é inaccesibles honduras? ¿Habia de esperar en ellas al género humano para dictarle su destino? ¿Lo creéis vosotros? En cuanto á mí, yo no lo creo, porque creo en el Dios del pobre y del

hombre sencillo; creo en el Dios á quien conoce la cabaña, á quien oye la infancia, cuyo nombre sabe la desgracia, que ha encontrado vias para llegar á todos, por pequeños que sean, y que no tiene otros enemigos que el orgullo de la ciencia y la corrupción del corazón. Yo creo en este Dios; creo en él porque soy hombre, y al repetir con todos los pueblos y con todas las edades el primer artículo del símbolo de la Iglesia, no hago mas que llamarme hombre é inscribirme como tal en la comunidad natural de las almas.

Os lo confesaré, señores, esta es la primer vez desde que me hallo encargado del ministerio de la palabra divina, esta es la primer vez, repito, que toco la cuestión de la existencia de Dios, si es que puede llamársele cuestión. Hasta ahora no la habia tocado por creerla inútil; he pensado que no era necesario demostrar á un hijo la existencia de su padre, y que quien no le conocia, no merecia conocerle. Pero el curso de las ideas me ha obligado á decir algo sobre este punto; y no obstante, al hacer al orden lógico esta concesion, no he querido dejaros pensar que tuviese por objeto satisfacer á la necesidad de vuestro corazón, ni del pueblo y del siglo en que vivimos. Gracias á Dios, creemos en Dios, y si dudara de vuestra fe, todos os levantaríais para arrojarme de en medio de vosotros; las puertas de esta metrópoli se abrirían por sí mismas sobre mí, y el pueblo no necesitaria mas que de una mirada para confundirme, él que ha poco y aun en medio de la embriaguez de su fuerza, despues de haber derrocado muchas generaciones de reyes, llevaba en sus manos sumisas, y como asociado á su triunfo, la imágen del Hijo de Dios hecho hombre..... (aplausos).

No aplaudamos, señores, la palabra de Dios; creámosla, amémosla, practiquémosla; esta es la única aclamacion que sube hasta el cielo y que es digna de él.

Y aquí deberia concluir, señores, pues que me advertís de la dichosa inutilidad de mi discurso. Permitidme, no obstante, antes de cerrarle, inquirir porqué es popular la idea de Dios, y si esa popularidad es una vana ilusion del género humano.

Hemos dicho que teníamos en nuestro poder cuatro medios de comprobar las doctrinas: la naturaleza, la inteligencia, la conciencia y la sociedad. Si pues es legítima la idea de Dios, debe tomar su fuerza en estos cuatro manantiales de luz, mientras que el panteísmo encontrará en ellos necesariamente su condenacion.

La naturaleza es un grande espectáculo; ella agota fácilmente nuestros ojos y nuestra imaginación: ¿pero tiene acaso el carácter de un ser sin causa, de un ser que existe por sí? ¿Puede decir como Dios, en Moisés: *Ego sum qui sum*; — Yo soy el que soy? Siendo lo infinito el carácter de un ser sin causa, ¿tiene la naturaleza este carácter? Mirémosla, y todo lo que vemos, en ella tiene límites; todo tiene en ella figura y movimiento, figura determinada, movimiento calculado; todo cae en ella bajo el imperio estrecho de la medida, hasta las distancias que permanecen desconocidas á nuestros instrumentos, pero que no lo son á nuestras concepciones. Sentimos el límite aun donde nuestros ojos no lo ven; nos basta percibirle en un punto para deducir que lo hay en todas partes. Lo infinito es indivisible, y aun cuando solo hubiera en el universo un átomo sujeto á nuestra débil mano, sabríamos que la naturaleza es limitada, y que su inmensidad no es mas que el velo esplendoroso de su miseria.

Si la naturaleza existiese por sí misma, tendría además el carácter de la libertad absoluta, es decir, de la soberanía; porque ¿de qué puede depender un ser que no tiene causa? Pero ¿es eso lo que notamos en las operaciones que manifiesta su vida? El universo es esclavo; gira en un círculo donde no aparece espontaneidad alguna; la piedra permanece donde la mano la ha puesto y el astro sigue una órbita donde volvemos siempre á encontrarle. Esos mundos prodigiosos por su mole y movimiento nunca han revelado al observador mas que un mecanismo sordo y ciego, una fuerza esclava, una desesperante impotencia de apartarse de sus leyes. Y aun el hombre, el hombre, único ser de la tierra en quien se ve esa libertad cuya señal buscamos inútilmente en todo lo demás, ¿el hombre es soberano? ¿Nace á la hora que él ha señalado? ¿Muere á la hora que él designará? ¿Puede eximirse de lo que limita y maltrata á su existencia? Como la naturaleza de que forma parte tiene su grandeza, pero una grandeza que descubre tanto mas su flaqueza. Es semejante á aquellos reyes que seguían al triunfador al capitolio, y cuya humillación realizaban los mismos restos de su magestad. Así el espectáculo del universo despierta juntamente dos afectos en nuestro espíritu: la admiración y la lástima. Y ambos á dos, avigorándose uno con otro, nos muestran á la par la vanidad de la naturaleza y la existencia de su autor. Este es el lenguaje de los mundos, esta es su elocuencia eterna, este es el grito de su conciencia, si pudiera darse este nombre á la fuerza

que los obliga á hablar por un ser que es mas grande que ellos, y repetir á todos los ecos del tiempo y del espacio el cántico de la criatura al Criador: *¡Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo gloriam!* — *¡No á nosotros, Señor, no á nosotros la gloria, sino á tu nombre!* Sí, mundos sagrados que girais sobre nuestras cabezas, astros brillantes y apacibles que seguís vuestro curso bajo la mano del Altísimo, islas afortunadas que levantaiis vuestras riberas en el océano del cielo, sí, vosotros nunca habeis mentido al hombre.

No importa, señores, saber si el panteísmo trata ó no de torcer el sentido del espectáculo de la naturaleza. Lo que importa es, que el hombre, considerado en general, el hombre de la humanidad, vea de la primer mirada que el universo no existe por sí mismo. Nunca la metafísica destruirá esa impresion profunda que causa en el hombre la vista de las cosas que componen la escena en que vivimos. Un niño conoce la incapacidad del cielo y de la tierra; la ve, la siente, la toca, volverá siempre á ella como á un sentimiento invencible que forma parte de su ser. Por mas que le digais que es Dios, bástale haber tenido calenturas para comprender que os burlais de él.

Al contemplar la naturaleza, ve el hombre realidades; al mirar su inteligencia, ve verdades. Las realidades son finitas como la naturaleza que las contiene; las verdades son infinitas, eternas, absolutas, es decir, mayores que la inteligencia donde las descubrimos. La naturaleza nos muestra figuras de geometría; la inteligencia nos revela la misma ley matemática, la ley general y abstracta de todos los cuerpos. Hace mas, nos reyela la ley metafísica, es decir, la ley de todo ser, la ley que se aplica así á los espíritus como á los cuerpos. A esta altura y en este horizonte, el universo desaparece á la vista de nuestro espíritu, ó á lo menos no lo vemos ya sino como el reflejo de un mundo superior, como la sombra de una luz infinita; lo real se absorbe en lo verdadero, que es su raíz; la realidad se mide por la verdad.

¿Pero dónde está la verdad? ¿Dónde está su lugar, su morada, su esencia viva? ¿Es por dicha una pura abstracción de nuestra mente? ¿No es mas que el universo agrandado por un sueño? Si así fuese, nuestra inteligencia fuera también un sueño; la verdad que nos parece el principio de todo, sería simplemente la exageración y como la extravagancia de la realidad sensible.

¿Dirémos que la verdad reside en nuestro propio espíritu? Pero